

QUERIDO DICKENS

Per Nadal un pas de gall, per Any Nou un pas de bou

Per San Antón de Chiner, un pas més pel trachiner

Trato de recordar el dicho popular del valle de Benás mientras me caliento junto al fuego en uno de los días más cortos del año. Estas Navidades estoy quemando las vigas y boquetes que los paletas sustituyeron la pasada primavera cuando reparamos el tejado. Tenemos la borda llena de *trastes* que sacamos de la *falsa* y que ahora yacen amontonados en desorden junto a la leña que cortó el tío y la que descartaron en la obra. Los vecinos más ancianos del *llugá* nos advertían que aquí en la montaña lo primero de la casa es siempre el *llinau*. Una preocupación menos, me digo mientras observo el fuego y compruebo que la *chomenera* está bien reconstruida y el tiro funciona correctamente. Pienso que bien podría ser este un fuego ritual que quema la madera que cortaron los abuelos para proteger la casa en la *mingua de chiner* de hace más de un siglo y que hoy me calienta mientras veo caer los copos de nieve lentamente sobre la *pllasa*. Siento una gratitud inmensa hacia ellos mientras contemplo las llamas. Por el calor que desprenden y por el hecho de poder estar hoy aquí. Una inmensa gratitud.

Las calles están desiertas, pero dos estrellas de gran potencia lumínica dan la bienvenida a los visitantes ocasionales que se aventuran a subir por la carretera del Solano en esta fría noche de invierno. Junto a la puerta de entrada de casa descansan las raquetas de nieve de segunda mano que compramos el verano pasado en Benás. Añado un poco más de leña y pienso en Casa Chuanet. El trabajo de varias generaciones plasmado en todos sus rincones, en cada balda de madera, en cada ventana, puerta y peldaño de la escalera. Casa pobre, de labradores y criados, de obreros albañiles, de pastores y ganaderos.

¿Habría ayudado el bisabuelo al abuelo a construirla? ¿Ayudaría a traer *llosas* para el *llinau* desde el barranco a lomos de una mula? ¿Le ayudaría a construir la *llucana*? Pienso en la *falsa*, donde se habían ido depositando a lo largo de los años, amorosamente pero con descuido y desorden, las pocas pertenencias de los que iban pereciendo, sus huellas impresas en pequeñas maletas de cartón, junto a los aperos de labranza en desuso, sillas rotas de anea con la inicial de la casa grabada en el respaldo, a la espera de una improbable restauración, y cualquier utensilio doméstico susceptible de ser reutilizado a saber cuándo y por quién. Capitulaciones matrimoniales y escrituras que se remontan al siglo XVI junto a pagarés, biblias y libros escolares de los años 20 y 30 del siglo XX. Bayonetas, condecoraciones y uniformes de la guerra de África, en la que combatieron los hermanos de la abuela; un espadín de mediados del XIX y varias armas de fuego de la Guerra Civil, junto a cartas, periódicos, billetes de la República y vales emitidos por los Consejos municipales durante los primeros meses de la contienda. Carteras de piel con fotos carnet en blanco y negro y arcones de madera repletos de lanas y telas raídas. En los muros de piedra, colgando de clavos y ganchos, *esquellas* para el ganado junto a *soquets* para segar. Herramientas de carpintero y de costura, agujas, botones, tijeras, canastos, botellas de vidrio, botas y *suecs*. La falsa todo lo absorbía y guardaba. Era la isla del tesoro de mi infancia, el lugar mágico donde buscar refugio en las tardes de verano entre los fantasmas del pasado mientras la casa se sumía plácidamente en la siesta. Junto al fuego que crepita me pregunto si aquellos que ya no están me estarán observando desde algún lugar y, si así fuere, qué esperan de mí, ¿acaso seré yo el último guardián de esta casa? Hace unos años pensaba en el tío Marcial como en el último resistente, un superviviente que con su docena de vacas plantaba cara a los nuevos tiempos. Creí seriamente que con él se terminaba un modo de vida para siempre. Recuerdo nuestros veranos en Las Correas, en Sarrué y La Paúl,

dallando, acordonando y empacando la hierba para el invierno. Cómo se iban llenando las bordas de pacas con el paso de los días. Recuerdo mirar al cielo temeroso de la lluvia. Y si llovía, correr a tapar la hierba e ir a por caracoles y preparar un *ajoaceite*. Recuerdo subir a La Corba a darle la medicación a alguna vaca enferma. Las charlas con el pastor. Días de trabajo intenso con mi padre y el tío y, sin embargo ¡cómo los extraño! Esos ratos tumbados bajo una sombra en el prado para refrescarnos, comer un *mueso* y beber un trago. El tío solía decir que cuando él muriera entrarían las máquinas y echarían la casa abajo. A menudo pienso que era una excusa para no trabajar ni invertir dinero en ella, para justificar su descuido. ¡Cuánto se equivocaba! Aquí estamos nosotros, sacrificándonos en su altar de piedra, *llosa* y madera. Aquí resistimos, curando sus cicatrices y, en el proceso, aprendiendo a conocerla y quererla aún más.

En estos pensamientos andaba cuando creo que me he quedado dormido frente al hogar, al calor del fuego. Entonces, de repente, ha entrado por la chimenea una ráfaga de aire gélido. Me despierto de golpe, abro los ojos, desconcertado y, frente a mí, sentada en una vieja *cadiera* que habíamos rescatado de la falsa y colocado abajo en el zaguán tras restaurarla con mimo, veo a una anciana pequeña y arrugada cuyas facciones no reconozco, aunque me resultan familiares. Me froto los ojos, alucinado, debo de estar soñando... Pero la anciana sigue ahí, mirándome con ojillos de ratón y sonrisa triste.

– ¡Buenas noches Juan Manuel! No te asustes querido, soy tu bisabuela Teresa. He venido a pedirte un favor, pero no sin antes contarte lo que aconteció en esta casa en la Navidad de 1878. Aquel invierno una epidemia terrible asoló el valle llevándose consigo a familias enteras. En el pueblo se habrían podido evitar muchas muertes de haber escuchado las autoridades a tu bisabuelo Juan, pero hicieron todo lo contrario. Aquellas navidades las pasamos tu tía abuela Ramona, que era un bebé de pecho, y yo, solas, porque a tu bisabuelo Juan se lo habían llevado preso. Primero a Castilló de Sos,

luego a Boltaña y por último a Ceuta. Esas serán las primeras fiestas sin él hasta que lo indultaron ocho años más tarde. Ese es el motivo de mi visita esta noche, Juan Manuel. Vine a pedirte que le hagas justicia a tu bisabuelo, porque todos lo olvidaron. Porque a nuestro hijo Juan, nacido meses después de su regreso de cumplir la pena, se lo llevó la guerra y el exilio. Y los demás nada quisieron saber, así que sólo han sobrevivido algunos cuentos sobre él, como que lo confinaron en Menorca. Por Dios, hijo mío, ayúdame a hacerle justicia. A tu bisabuelo lo acusaron de un crimen que no cometió porque fue de los pocos que se atrevieron a hacer frente a los caciques de entonces, que son los mismos de ahora, no te quepa duda. Tu bisabuelo Juan intentó evitar el contagio de la epidemia antes de que fuera demasiado tarde, pidiendo al médico de Castelló que certificara la muerte de una de las primeras niñas que se llevó la enfermedad. Pero este se negó porque la familia no había pagado la iguala. Sin certificado no se la podía enterrar y había riesgo de contagio para sus familiares y los vecinos. Tu bisabuelo se enfrentó con él profiriendo insultos y amenazas. Tras el altercado, el médico jamás llegó a Castelló, y aunque su cadáver jamás apareció, varios testigos lo acusaron de su muerte.

Mientras la anciana habla, permanezco boquiabierto, trémulo, me digo que estoy soñando, que esta aparición es imposible y, sin embargo, su historia me resulta tan familiar. Siento que me falta el aire, una profunda angustia se apodera de mí. Veo al bisabuelo maniatado, arrastrado a tierras lejanas, siento su pesadumbre y su terror por no volver a pisar el valle, su casa, y ver crecer a su hija recién nacida. Lo veo desaparecer en la bruma del tiempo y cuando me dispongo por fin a hablar, también la bisabuela se ha desvanecido y con ella, la *cadiera*. El fuego se ha apagado, debo de haberme quedado dormido. Bajo los escalones de dos en dos porque quiero cerciorarme y, efectivamente, la *cadiera* sigue en el zaguán, con sus dos dedos de polvo, adornada con dos cántaros y una damajuana que encontramos en la *falsa* y un par de carlinas

puestas a secar para espantar a las brujas. Ha sido un sueño, me digo, intento tranquilizarme y salgo a la borda a por un par de leños de *freixe* y algunas ramas pequeñas para volver a encender el fuego. Todavía es temprano y aún no me quiero acostar. Debo evitar dormirme frente al fuego, eso es todo. Hay duermevelas y sueños que pueden ser traicioneros. Mañana revisaré los papeles que encontramos sobre el bisabuelo. Enciendo el hogar de nuevo y me caliento un poco de *recau* en la cocina de butano. Pienso en el bisabuelo Juan, del que siempre se dijo que había estado preso en Menorca y que a su regreso había construido la ermita del Cueso, antes de llegar al desvío de Arasán, en agradecimiento por haber sobrevivido al cautiverio. De él no ha quedado nada, ni una lápida, ni sus huesos, todo se perdió cuando trasladaron el cementerio. Nada, ni el recuerdo. Decido que intentaré averiguar lo ocurrido en aquellos años, que removeré los archivos necesarios para dar con su sentencia, para entender qué pasó. Quizás fuera una acusación injusta, movida por rencillas entre vecinos, quizás un accidente desafortunado. También pienso en la posibilidad de que mi bisabuelo coincidiera con Fermín Salvochea en su destierro. Podría buscar alguno de sus escritos, transcribir sus palabras y dejarlas en la ermita a modo de una sencilla ofrenda junto a un ramillete de flores salvajes. Un pequeño homenaje.

Pero, ¿será posible? ¿Y ahora qué ocurre? De repente, las luces de la cocina han empezado a parpadear como si quisieran apagarse y me levanto a por una vela de cera que guardo en un cajón junto al fregadero. Por fin, se hace noche profunda en la cocina y junto a la silla donde hace un momento me sentaba, se perfila una sombra. Me acerco con cautela, asustado, acercando la llama de la vela al espectro y esta vez sí, lo reconozco a la primera. Se trata del abuelo Juan, el padre de mi padre. Se conservaron fotos suyas en sus permisos de joven para cruzar a Francia a trabajar y luego más tarde

para el pasaporte y los papeles del exilio, y en ese cuadro que hay en el comedor en el que le dibujaron un bigote porque resultaba más viril, según los gustos de la época.

– Abuelo, ¿es usted? ¿Pero cómo es posible, primero su madre y ahora usted? ¿Acaso me estoy volviendo loco? ¿Qué clase de broma dickensiana es esta? ¿Cuántos fantasmas más tienen previsto visitarme aún esta Nochebuena?

El abuelo permanece impasible, acompañando mi angustia con serenidad, esperando que me calme un poco para empezar a hablar. Yo apenas puedo dar crédito a mis ojos.

– Escucha Juan Manuel, escucha atentamente lo que tengo que contarte. Toma asiento, tranquilízate y escucha. Yo construí esta casa en 1921, la construí con estas manos, junto a tu abuela María, que estaba embarazada de nuestro primer hijo, y con mi padre Juan, que murió aquí mismo unos años más tarde, en 1927. También nos ayudaron vecinos de otras casas del pueblo, porque esa era la costumbre de entonces, ayudarse los unos a los otros. En esta casa nacieron tus tíos y tu padre Manuel. Aquí vivimos unos años felices, creamos una familia, juntamos unas pocas tierras. Sin embargo, nuestros hijos, desde muy pequeños, se vieron obligados a ir a servir a otras casas con más tierra y ganado, mientras yo cruzaba el Portillón de Benás a menudo para ir a hacer peonadas a Francia. Así que también fueron tiempos duros, no de hambre, porque éramos casi autosuficientes, pero sí de miseria y de mucha desigualdad e injusticia social. En los años 30, fueron llegando al valle nuevos obreros, a trabajar en las minas de pirita de Cerler, y jornaleros procedentes de La Fueva en verano, y con ellos llegaron nuevas ideas de igualdad, progreso social y libertad. En el pueblo, nos fuimos organizando en sindicatos, creamos una pequeña biblioteca con títulos como *La conquista del pan* de Kropotkin o *Entre campesinos* de Errico Malatesta. Nos juntábamos varias casas, comentábamos las lecturas y discutíamos cómo podíamos avanzar hacia una sociedad más igualitaria y con mayor justicia social. Cómo bien sabes, en julio del 36 se produjo

un levantamiento militar fascista y nos vimos empujados a una guerra civil, pero no para defender una República con la que bien poco avanzamos, sino para impulsar la creación de una nueva sociedad basada en las ideas del comunismo libertario. Nos pusimos manos a la obra en hacer una revolución social. En el valle se pusieron en marcha varias colectividades, en Benás la mayoría de comercios se adhirieron y aquí, en la montaña, montamos una con el ganado y las tierras incautadas a las casas cuyos propietarios se habían identificado con el golpe y habían huido. Pero ya conoces el final de la historia. En febrero del 38 tuvimos que escapar, aunque no habíamos cometido ningún crimen, sólo por haber intentado poner en práctica nuestros ideales. Yo me marché con el hijo mayor y tu abuela quedó a cargo de nuestros otros seis hijos, tu padre, con 12 años, el mayor de ellos, y tu tío Marcial, el más pequeño, con apenas unos meses. Pasamos muchas penurias, ella y los niños aquí en la montaña y los que huimos, tras cruzar la frontera con nieve hasta las rodillas, fuimos internados en el campo de Bram. Más tarde lograríamos salir hacia Burdeos, donde teníamos familia y eso nos salvó de acabar en los campos de concentración nazis. La mayoría de los exiliados nunca volvieron a España. Yo lo hice a finales de los años 40 para morir en mi tierra, en mi casa junto a mi mujer e hijos.

El abuelo hace una pausa para tomar aire y me mira detenidamente antes de proseguir.

– Escucha Juan Manuel el motivo por el qué estoy esta noche aquí. Tienes un trabajo a medias y he venido a pedirte que lo termines. Quiero que cuentes nuestra historia para que no prevalezca el relato de los vencedores ni nadie pueda ir diciendo que fuimos unos ingenuos, que nos dejamos engañar por gentes llegadas de fuera. Unos te hablarán de los Aguiluchos, de las milicias del Negus o los jornaleros de la Fueva que subían a *dallar*. Otros afirmarán que lo abandonamos todo por unas ideas equivocadas, que no sabíamos lo que hacíamos. No, no, y mil veces no. Creímos que el cambio social era

posible y apostamos nuestras vidas por una revolución que fue cruelmente derrotada. Intentamos poner en marcha nuestro sueño de comunismo libertario y perdimos. Éramos conscientes de los riesgos y aun así luchamos por una vida mejor para nosotros y nuestros hijos. Vengo a pedirte que cuentes nuestra historia, que nos hagas justicia.

De repente, y aunque había olvidado darle cuerda, el reloj de pared Jean Barrère, que el abuelo trajo al cuello desde Bagnères de Luchon a través del puerto, da las doce campanadas de medianoche. El sonido de su engranaje me sobresalta, y cuando vuelvo a girarme, el abuelo se ha desvanecido en la noche glacial mientras una *turbera* se levanta en la *pllasa*. Dos veces en una sola noche mis fantasmas del pasado me han hecho el mismo ruego: hacer justicia, restituir y dignificar su memoria. No trato de engañarme, desde que tomamos la decisión de hacernos cargo de la casa siempre supe que estaba unida a la memoria de sus habitantes y esta, a su vez, a la memoria colectiva del valle. Nuestro proyecto de hacer una historia local permanece en el cajón desde hace casi veinte años. Quizás ha llegado el momento de desempolvarlo y recuperarlo. Casa, memoria, memoria, casa. La vida y voz de los que nos precedieron. Es mi sino.

Me dispongo entonces a apagar un par de *tisons* que quedan en el hogar antes de acostarme cuando tengo la certeza de que debo esperar una última visita. La de mi querido padre Manuel. Lo llamo a viva voz en esta Nochebuena. –Querido padre, ¡yo le convoco!– Necesito contarle lo ocurrido, necesito saber si aprueba mis pasos. Mi padre, que marchó a tierras lejanas a trabajar a finales de los 40 del siglo pasado, y en ellas se quedó durante diversas campañas hasta sumar un total de 15 años. Qué para cuando quiso volver a la montaña ya era tarde porque sus *chermanos* ya gobernaban sobre la casa y sobre sus pocas tierras y ganado. Qué se casó muy tarde, ya mayor, con una hermosa muchacha del pueblo vecino de Eresué, y levantó una casa de cero en la tierra baja. Y en la tierra baja creó una familia y reinventó su vida.

Parece que las *turberes* se han calmado y la noche despliega su manto frío y sereno sobre el *llugá*. He vuelto a perder la noción del tiempo y ya estoy a punto de acostarme cuando veo a mi padre que desciende por las escaleras, gigante, los brazos abiertos y la sonrisa en los labios. Su espectro me atraviesa en un abrazo fantasmal.

– Padre, ¡tengo tanto qué contarle!

– Tranquilo hijo, pues estuve en todo momento junto a ti y he sido testigo de todo lo que aquí aconteció esta noche. Es tarde y no deseo entretenerte más, sólo he venido a decirte que jamás imaginé que acabarías heredando esta casa, y no porque no lo merecieras. Hay una justicia poética en que haya sido así, aunque no ha sido fácil, lo sé. Vengo a decirte que puedo reposar tranquilo al fin, al ver todo lo que habéis hecho para que no se convierta en una ruina. Vengo a rogarte que no dejéis caer la borda, aunque sé que estáis endeudados, pues siempre fue mi sueño arreglarla. Abajo un comedor y la cocina y un par de habitaciones y un baño en el primer piso. Y también a pedirte qué no olvides la historia de quienes te precedieron y cuyas vidas estuvieron marcadas por la tragedia. La de tus bisabuelos por una falsa acusación, la prisión y el destierro. La de los abuelos por la guerra y el exilio. La mía por la marcha a Guinea, a Santa Isabel, y la muerte de tu madre cuando aún eras un niño. No descuides los caminos y los muros que construimos con tanto trabajo, ni los *freixes*, nogales y manzanos que plantamos. No nos olvides ni dejes que nos olviden. Y, sobre todo, sigue cuidando de esta casa, cómo ella cuida de ti. Ha sido ella quien te ha escogido, quien os ha escogido para habitarla.

Su última frase queda flotando en el aire unos segundos. Mi padre ha desaparecido, se ha volatilizado. Del fuego sólo quedan unos rescoldos. Recuerdo como al día siguiente del entierro del tío Marcial me embargó una enorme tristeza al cerrar la casa, y me asaltó el temor de no volver a pisarla jamás. Fue cerrando sus contravientos cuando tuve la certidumbre de que aquella no sería mi última vez aquí. Fue un fuerte presentimiento,

un estremecimiento de paredes y suelo, cómo queriendo abrazarme. Sentí que la casa respiraba, tenía vida propia y me retenía. Ha sido ella quien te ha escogido, había dicho el espectro de mi padre. Que así sea.

El día de Navidad ha amanecido radiante. No sé cuánto he dormido ni por cuanto tiempo, pero me despierto con una energía desbordante. Ana tiene guardia en el Hospital de Barbastro y no llegará hasta tarde. Se irá directa a la cama seguro. Yo, a pesar del frío, salto de ella como movido por un resorte, me preparo un café, cojo las raquetas y salgo a dar un paseo hasta les *corts*, en las faldas del Gallinero, cubierto hoy de una espesa capa de nieve. Subo por Las Aspas, por detrás del lavadero, atravieso los prados de Sarrué y pasado el *puen*, enfilo por el camino de San Antón, por donde subíamos las vacas con el tío para San Juan. El Turbón y la Sierra Chía guardan mis pasos mientras, abajo en el valle, El Rún y Castilló se desperezan envueltos en una densa *boira*. Cuando regreso del paseo ya he tomado una decisión. Aún tengo fresco el sueño de anoche. Enciendo el portátil y me dispongo a cumplir con mis queridos fantasmas. El primer paso será dedicarles un cuento, de algún modo tendré que empezar... *Per Nadal un pas de gall*.

“Me llamo Juan Manuel. Juan por el bisabuelo y el abuelo. Manuel por mi padre. Soy de Casa Chuanet de Llire, en el valle de Benás, y esta es nuestra historia”.